

Hasta la **fumata blanca**



Convocatoria a los purpurados de todo el mundo a Roma para elegir al sucesor del Papa Benedicto XVI



Congregaciones de cardenales preparatorias del cónclave



Humo del segundo cónclave del tercer milenio



Misa de entronización del nuevo Papa

en la Sixtina



El cardenal Renato Martino, ayer, a su llegada al Aula Nueva del Sínodo

Ap

Se cierra la puerta



José Pedro Mangano

Llega el cónclave. En los últimos días las alabanzas de las iglesias han llamado a sus fieles con músicas distintas pero con la misma letra: reemos por los cardenales que se reúnen en cónclave, para que sean guiados por el Espíritu Santo.

Sabemos que, tras unos días en los que han estudiado las necesidades de la Iglesia en sus distintas congregaciones (en el Gobierno, lo equivalente a los ministerios), próximamente se cerrarán con llave —«con-clave»— y no volverán a abrir esa puerta hasta que hayan elegido a un nuevo Pontífice —«pontifex», puente entre Dios y los hombres—.

Se cierra la puerta para evitar cualquier interferencia del mundo en la elección, para evitar que nadie conozca el desarrollo de los hechos, para garantizarles mayor libertad. Que no tengan interferencias en el ejercicio de votar. Es una forma de dejar al mundo fuera, al margen de este proceso.

Sin embargo, estas medidas no parecen garantizar que la elección sea acertada. Me preguntaba ayer un amigo: si decís que el Espíritu Santo es quien dirige y guía la elección del Papa, y sale elegido quien él quiere, parece ser que durante algunos siglos el Espíritu no estuvo muy fino.

A mi amigo se le escapan algunos matices. Quienes eligen al Papa son los cardenales, no el Espíritu Santo. Y los cardenales son muy libres de hacer lo que

ellos quieran. Es el Espíritu de Dios quien los ha querido libres, y no va a hacer de ellos marionetas en los momentos decisivos. Los cristianos entendemos bien que Dios juega fuerte, y que asume riesgos. Los cardenales elegirán a quien a ellos les dé la gana.

Cuando la Iglesia llama a los cristianos a rezar por el cónclave durante estos días, no pretende hacer un gesto «religioso». Lo que está lanzando a toda la familia cristiana es un grito: en la elección del Papa todos estamos implicados. Unos lo elegirán con una papeleta; los demás, pidiendo a Dios que esos hombres se abran a las inspiraciones de Dios.

¿Qué quiere decir esto? Es una categoría que pertenece a la fe. Creemos que el hombre puede dejarse conducir e influenciar por el Espíritu de Dios. Tampoco

es tan raro: de la misma forma que nos dejamos influenciar por el consejo de cualquiera. Es más: surten efecto sobre mí

muchas influencias de las que no soy consciente: publicidad, moda, recuerdos de mis mayores, intereses, miedos, resentimientos, envidias, simpatías, nacionalismos, intereses económicos... Todos somos víctimas de mil influencias. Los cristianos cerramos filas y lanzamos al cielo un insistente y afilado grito: Dios, escúchanos, y que estos hombres que ahora tienen que elegir al próximo Papa y se cierran al mundo en cónclave, que no se lleven el mundo dentro; que no se dejen influenciar por nada ajeno a tus deseos y al bien de la Iglesia. Que sean rectos, honrados, sobrenaturales, desinteresados, sensatos, buenos...

El Espíritu de Dios los ha querido libres y no va a hacer de ellos marionetas

posición de la mujer en la Iglesia, del diálogo interreligioso, de la bioética y de la justicia en el mundo. Otros purpurados trataron el anuncio evangélico como anuncio del amor, la alegría y la misericordia y la cuestión de la colegialidad. En los cinco

días que ya han transcurrido de estas reuniones se han sucedido ya más de 100 intervenciones. Todavía hay un buen número de purpurados que han solicitado la palabra: deberán hablar en las congregaciones generales de hoy y del lunes.

En la sesión de ayer por la mañana, los miembros del Colegio Cardenalicio aceptaron en votación los motivos esgrimidos para no ir a Roma por los dos príncipes de la Iglesia menores de 80 años que no se presentaron.

¿Cómo votan los cardenales enfermos?



Lo único que no pueden hacer es salir del Vaticano para ser tratados. En el caso de que la enfermedad impida a cualquiera de ellos salir de su habitación, hay tres «infirmarii» que se encargan de atenderlos y tienen potestad para recoger su voto y depositarla en la urna en nombre del cardenal. Ésta es una de las razones por las que Juan Pablo II mandó construir la Residencia de Santa Marta, en la que los purpurados se alojan durante todo el cónclave.

¿Los resultados de las votaciones son públicos?



No, el mutismo es total. De hecho se extreman las medidas de seguridad para que no haya filtraciones. También se realizan inspecciones de la Casa de Santa Marta y de la Capilla Sixtina en busca de micrófonos, cámaras ocultas o cualquier medio de transmisión de información. Durante el cónclave, la residencia de Santa Marta retira las televisiones, las radios y suspende la correspondencia.

¿Cuándo se anuncia la elección del Papa?



Prácticamente de forma inmediata. Cuando la votación finaliza y hay un candidato elegido, se queman las papeletas y sale humo blanco por la chimenea de la Capilla Sixtina. Al finalizar las rondas previas sin los votos suficientes para designar a un nuevo Papa, se untan las papeletas con pez para que al quemarlas emitan humo negro.

¿En qué momento sale el Papa para presentarse?



Una vez elegido, el nuevo Sumo Pontífice debe responder a dos preguntas del decano del colegio cardenalicio: ¿acepta el cargo? y ¿con qué nombre quiere gobernar? Después, los cardenales le juran obediencia, se reza una oración de acción de gracias y el «cardenal protodiácono» es el encargado de presentar al nuevo Papa en la Plaza de San Pedro con la fórmula «Habemus papam». El nuevo Pontífice sale al balcón e imparte su primer «kurbi et orbi».